

Práctica del socialismo libertario ¹ por Gastón Leval

RECONSTRUIR 23 Marzo Abril 1963, Buenos Aires

El texto de Gastón Leval publicado por la revista *Reconstruir* es mucho más corto que la versión francesa publicada en 1959 también por las Editions du Groupe socialiste libertaire (<http://monde-nouveau.net/spip.php?article358>).

Práctica del Socialismo Libertario de Gastón Leval fue escrito en 1959. El fracaso de la revolución española sólo tuvo 20 años. Recordemos que el autor se encontraba en España en ese momento y observó con detenimiento las realizaciones económicas que estaban en curso en ese momento.

Una de las lecciones que aprendió del fracaso de esa revolución fue ésta, que le dejó una impresión duradera:

“El perfeccionamiento de las técnicas de lucha del Estado y de las fuerzas conservadoras modernas, no permite esperar que el pueblo esté en condiciones de vencer, por la fuerza de las armas, contra los tanques, la artillería moderna, las bombas H y los cohetes teleguiados.”

En 1959, el desequilibrio de poder entre las clases obrera y campesina y la burguesía había aumentado aún más. Le pareció obvio que las fuerzas revolucionarias tenían que hacer un esfuerzo para reinventar modalidades de acción más adecuadas.

Al no vivir en una especie de esquema obsesivo de repetición de la revolución que había asistido y participado, Leval sabía que era poco probable que se repitiera una situación en la que el movimiento libertario se encontrara hegemónico.

Además, el proceso revolucionario tendría lugar en etapas en las que “se producirían avances o retrocesos”: “Todo dependería de la fuerza respectiva de los dos adversarios”.

Todavía existe la posibilidad de que los partidos reaccionarios, “apoyados por fuerzas represivas bien organizadas”, puedan estar en el poder. Sin descuidar la “situación política y económica internacional”.

¹ Bajo el mismo título, editóse en francés un interesante estudio (Groupe Socialiste Libertaire; Ginebra, Suiza, 1959; 64 páginas), en el que el destacado escritor se ocupa de aspectos prácticos fundamentales de una reconstrucción socialista libertaria de la sociedad. El texto que publicamos reúne el prefacio y el primer capítulo (“El reemplazo del Estado”), al que siguen otros cuya sola enumeración refleja la importancia del trabajo: “La estructura sindical”, “Descentralización y reagrupamientos industriales”, “La agricultura”, “Los servicios públicos”, “La mantención del rendimiento”, “En lo inmediato”. Varios esquemas gráficos ilustran el folleto.

Estas observaciones, destinadas a advertir al lector de que no se emprende una revolución social a la ligera, sin haber sopesado todas las consecuencias, no conducen sin embargo al pesimismo. Gastón Leval permanece en el reino de lo posible.

La sociedad que Leval describe en 1959 no es la misma que la actual. Es sin duda cuando describe la situación del campesinado que sus palabras están más lejos de la realidad actual.

No obstante, el esquema general de su texto puede servir todavía en gran medida como base para una reflexión moderna sobre la revolución, para la cual ya es hora de que el movimiento libertario internacional se dé cuenta de que debe prepararse y organizarse con detenimiento.

El texto de Leval es una advertencia para aquellos anarquistas que piensan que ahora todo lo que se necesita es que el pueblo se levante, fusil en mano, para derrocar al sistema.

Eric Vilain

Nuestro intento de anticipar cómo podría realizarse una transformación de la sociedad con vistas a establecer el socialismo libertario, choca con realidades y dificultades que no podemos desconocer. El perfeccionamiento de las técnicas de lucha del Estado y de las fuerzas conservadoras modernas, no permite esperar que el pueblo esté en condiciones de vencer, por la fuerza de las armas, contra los tanques, la artillería moderna, las bombas H y los cohetes teleguiados. Antes, pese a una casi igualdad en el armamento, jamás pudo hacer triunfar una revolución social. Menos aún lo podrá hacer en adelante.

Por otra parte, la economía moderna implica la interdependencia de las naciones. Un bloqueo exterior, que privara a Francia de petróleo y de sus derivados, de las 15 millones de toneladas de carbón compradas anualmente, mañana del gas sahariano, y de numerosas materias primas importadas de los cuatro extremos del globo, haría insostenible la situación económica, tanto más cuanto, para muchos proletarios, la revolución debe suponer un mejoramiento inmediato de su suerte.

Bajo muchos aspectos, los problemas planteados parecen pues insolubles poraue son en gran parte nuevos, o han adquirido dimensiones tales que pueden suscitar desánimo para abordarlos. Sin embargo, dos referencias históricas ofrecen nuevas esperanzas a quienes procuran adaptarse a las nuevas circunstancias. Como se verá, esas referencias no son válidas más que dentro del cuadro de nuestra época y de la evolución social y moral cumplida por las sociedades humanas.

La primera es la liberación de la India. Esta experiencia ha demostrado que es posible hacer en nuestra época, y en condiciones políticas internacionales favorables, algo que habría parecido insensato suponer antes de la primera guerra mundial. Un pueblo colonizado por una gran nación que disponía de medios para imponerse todavía durante mucho tiempo, ha vencido al imperialismo al que estuvo sometido, sin emplear la fuerza armada, la lucha violenta, los combates tradicionales. La táctica de Gandhi, que era la de Tolstoi, quien parece haberse inspirado en Proudhon, ha mostrado su valor práctico. A condición de que la fuerza moral de los combatientes, su tenacidad, su captación del espíritu público, su coraje cívico, su heroísmo, sean movilizadas sin desfallecimiento, son posibles también otras victorias no menos importantes.

Hay allí una lección muy grande que deberíamos saber recoger, adaptando este método a las condiciones de lugar y de tiempo en las que se librarán las luchas sociales del porvenir. Pues hemos llegado a un grado de evolución de la humanidad civilizada que permite, en los países no totalitarios, hacer lo que durante mucho tiempo había parecido fuera de toda posibilidad. Partiendo del principio de la lucha activa, pero no violenta, se puede concebir y desarrollar toda una estrategia de combate en que los sindicatos verdaderamente sindicalistas, las cooperativas verdaderamente cooperativistas y las comunidades que se lancen decididamente a las realizaciones integrales, deberán y podrán construir, tanto en el dominio del espíritu público como en el de la economía, el mundo nuevo que deberá desarrollarse en el seno de la sociedad actual.

La segunda referencia es la toma de posesión de las fábricas de buena parte de Francia en junio de 1936. Se trata de un hecho de una importancia enorme que los trabajadores no hayan sido desalojados por la fuerza de los lugares de trabajo, ni que se haya intentado hacerlo, del mismo modo que no se intentó en Italia, durante la misma experiencia acaecida en 1920. En un caso como en otro, pudo haber numerosas víctimas. Siempre en los países civilizados, se entiende, se piensa ahora dos veces antes de repetir las masacres de 1848 o de 1871, que de ocurrir serían conocidas por el mundo entero y quedarían agregadas al nombre de los hombres y de los partidos que las hubieran ordenado. Pero no olvidemos que fue un gobierno laborista quien da la libertad a la India — Churchill no lo habría hecho — y que fue León Blum quien, ante la demanda de los partidos defensores del capitalismo, trata con los huelguistas de 1936. En ambas situaciones, aparece el papel primordial de la coyuntura política.

Debe subrayarse que en los dos casos de toma de las fábricas, los trabajadores no se mostraron a la altura de su misión histórica. No supieron ni hacer marchar las fábricas, ni continuar asegurando la producción, aun en la medida en que las materias primas existentes, la energía y los medios de transporte disponibles lo hubieran permitido. Contrariamente a lo que hicieron los de Barcelona, de Cataluña y de la región de Levante de España, fueron incapaces de reemplazar al patrón y a la dirección patronal. Eso prueba que la huelga general no es una

panacea, y que no lleva a nada si no es solamente expropiadora, sino también organizadora. En cuyo caso, es verdad, deja de ser huelga y deviene en revolución transformadora de las estructuras sociales. Pero para hacerla, hay que prepararla. Los libertarios españoles no han improvisado. Sus realizaciones han sido la culminación de un largo proceso psicológico y práctico, siempre centrado en el objetivo final. En cuanto apareció la ocasión favorable, fue aprovechada.

* * *

Para mucha gente, el problema de los problemas es saber cómo construir el socialismo con una estructura orgánica nacional que sustituya al Estado y al gobierno. Pues para ellos, esos dos organismos, uno coronamiento del otro, no juegan sino un papel nocivo y antisocial. En verdad juegan también un papel útil, y desconocerlo es mostrar una ignorancia lamentable y un prejuicio incomprensible o ciego.

Aquellos que así piensan tienen razón en parte. El Estado y el gobierno han hecho un daño inconmensurable a las diversas sociedades humanas con las guerras, las exacciones fiscales, la opresión política, el apoyo dado a los explotadores de las masas, la burocracia hipertrofiada, las tiranías de toda especie y el aparato de aplastamiento por ellos creado y mantenido. Pero a menudo — tal fue el caso de Luis XIV y de Napoleón, bajo cuyo reinado el Estado ha cometido sin embargo tantas fechorías —, han desplegado o hecho desplegar actividades útiles: construcción de rutas, caminos, puentes, vinculando entre sí regiones y ciudades; construcción de canales, irrigación de tierras, organización de los servicios sanitarios, de la enseñanza primaria, secundaria y superior, que nació sin ellos pero que han desarrollado; reforestación, ayuda aportada a las regiones más pobres gracias al impuesto.

Todo eso no representa sino una parte positiva, relativamente reducida en relación a la parte negativa, pues un año de guerra destruye más de lo que se ha construido en veinte años de paz, y la economía del Estado se vuelve tan cara que si se estatizaran todas las actividades nacionales sobrevendría la bancarrota a breve plazo. Ya ni se cuentan las devaluaciones ni las quiebras fraudulentas en el curso de la historia. El solo hecho del franco reducido, desde 1914, a menos de dos céntimos de su valor, es bastante demostrativo. Si desde 1914, Francia — y lo mismo ha ocurrido en otras naciones — ha podido superar sus dificultades y desarrollar su riqueza, ello se debe al trabajo de los campesinos y de toda la agricultura, de los obreros y de todas las industrias, de los técnicos, de los organizadores, a la obra de los que han fundado fábricas y han dado vida a talleres y laboratorios, esforzándose, a menudo anónimamente, pero de manera eficaz, y creando sin cesar; incluso a quienes han organizado los cambios, la circulación de mercancías y la de los signos monetarios.

En ese país, y desde 1945, quince millones de productores — excluimos a cinco millones de parásitos — han forjado el progreso

económico y asegurado la existencia de la población. El Estado no estuvo allí para nada. Intervino sobre todo para descontar, mediante una fiscalización a menudo abrumadora, el treinta, cuarenta, cincuenta por ciento del ingreso nacional, y no ha dado en cambio a la nación más que el diez por ciento de las cosas útiles de que ésta dispuso.

El período de progreso prodigioso de Europa y de la América del Norte ha sido el de la economía liberal. El "laissez faire, laissez passer" de la primera escuela económica constituida en Francia — la de los fisiócratas — se dirigía al Estado, y le recomendaba suprimir las barreras aduaneras, las restricciones, las reglamentaciones y una buena parte de los impuestos que trababan el esfuerzo de la agricultura, de la industria y del comercio. El Estado ha prestado servicio absteniéndose de intervenir. Hoy mismo, el resurgimiento de la economía alemana que es, sin duda, el fenómeno más espectacular de la posguerra ², ha sido posible gracias a la economía liberal, aquélla en la que el Estado no interviene. Y en toda la historia de las naciones europeas, en la Roma antigua, China, el Medio Oriente, Egipto, el imperio persa, romano o bizantino, los períodos de prosperidad han correspondido a aquéllos en los cuales el Estado actuaba lo menos como empresa, mientras los períodos de hundimiento fueron la consecuencia de la esclerosis o de la parálisis creadas por el triunfo ruinoso del estatismo.

No ignoramos todas las taras de la economía liberal: división de la sociedad en clases sociales hostiles, explotación desvergonzada de los desheredados por los privilegiados, crisis económicas terribles, guerras. Pero los mismos males han sido siempre causados también por el Estado, y al menos esa economía liberal ha desarrollado, como hemos dicho, las riquezas de las naciones. El problema más importante es el de una mejor repartición de los bienes producidos, el de la justicia social que la estatización no asegura de ningún modo. Pero recordemos, por el momento, que, aparte de los servicios públicos que en el terreno local han sido obra de las municipalidades, el Estado no ha sido necesario en el noventa por ciento de las actividades creadoras de la sociedad. ¿Por qué, entonces, todo iría a la deriva con su desaparición? ¿Por qué no podría organizarse sin él también el diez por ciento de que hablamos? Porque hay que destruir aquella ilusión persistente según la cual todas las relaciones económicas son organizadas, reguladas, sincronizadas, en el conjunto, por el gobierno y el Estado, y que la desaparición de estos últimos engendraría la parálisis general o el caos en la producción y la distribución de los bienes de consumo y de equipamiento, en una palabra, de todo lo que es necesario para el mantenimiento y el desarrollo de la vida.

Quien examina el funcionamiento de la economía en la sociedad capitalista, constata que las grandes ramas de la industria regulan sus

² Se habla mucho de las realizaciones rusas. Además de que ellas han sido posible por la muerte de millones de esclavos, se deforma los hechos al afirmar que aquellas hubieran sido imposibles sin la estatización del país. Antes de 1914, el ritmo de desarrollo industrial ruso era ya superior al de la Europa occidental. Cualquier estudio serio lo demuestra abundantemente.

relaciones mutuas según una práctica libremente establecida, a menudo desde hace siglos. Tal cuenca minera o tal sociedad de extracción ofrece, gracias a los capitales que ha sabido encontrar, a los ingenieros y a los mineros, el mineral de hierro a sociedades siderúrgicas que están constituidas desde hace mucho tiempo, sin que el Estado se haya mezclado o se inmiscuya en ello. Tales altos hornos, fundiciones, empresas de trafilación o laminación envían para su maquinado las chapas, los tubos, los lingotes, las barras de hierro, todas las materias primas preparadas a centenares de empresas, depósitos, talleres, que se han constituido en sus clientes habituales. Las fábricas o talleres elaboran o fabrican las máquinas, las herramientas, el utilaje, los productos terminados que son distribuidos a múltiples vendedores en un territorio determinado. Una inmensa rama de actividad se ha formado así al lado de muchas otras, y como estas últimas, es un conjunto viviente, activo, en plena expansión. En todo eso, como siempre, el Estado sólo ha intervenido para aplicar impuestos.

El mismo esquema puede reproducirse para todas las actividades industriales. Desde la obtención de la materia prima hasta su preparación, su transformación en artículos de uso, lo más importante ha sido asegurado mediante la acción coordinada de los hombres y de los agrupamientos de hombres. Igual hecho, aún más característico, se ha producido en la agricultura, nacida mucho antes que la industria, y que se ha desarrollado por sus propios esfuerzos. Es verdad que ahora, en un país como Francia, los agricultores demandan la ayuda del Estado, ante la necesidad de los rápidos progresos que se imponen para continuar la marcha de la economía moderna.

Pero en países como los del norte de Europa, es sobre todo a través de las cooperativas que han concertado gracias a su propia iniciativa, que los campesinos han realizado progresos admirables. Y la experiencia prueba que la intervención del Estado, que lleva generalmente al proteccionismo, no es de ninguna manera un verdadero factor de orden. ¿Lo es, por ejemplo, en los Estados Unidos, donde los stocks de trigo acumulados gracias a los subsidios oficiales se cuentan por centenares de millones de quintales y representan un valor de tres mil quinientos millones de dólares que nadie aprovecha?

Es verdad que el Estado ha intervenido a veces en la actividad económica para asegurar la calidad de las mercaderías (lo que hacían antaño las corporaciones de la Edad Media). Pero en una sociedad socialista, el fraude no tendría ya razón de ser, y las organizaciones especializadas se encargarían de velar por la calidad del trabajo.

Contrariamente, pues, a lo que se cree, y a condición de preparar desde ahora las realizaciones futuras, lejos de provocar el hundimiento y el caos económico, la socialización libertaria daría lugar al establecimiento de un orden hasta entonces desconocido. Aun cuando el capitalismo liberal y la economía burguesa hayan hecho las cosas por sí mismos con los resultados que hemos visto, estamos lejos de una organización racional tal como lo impone el buen sentido, para

evitar el derroche y mal empleo de los recursos, a fin de satisfacer las necesidades de todos.

Nosotros prevemos una sociedad en que todas las actividades serían coordinadas, una estructura que tenga a la vez bastante flexibilidad para dejar la mayor autonomía posible a la vida local, o a la de la empresa, y bastante cohesión para evitar todo desorden. Pero, insistimos, esta nueva creación no reemplazaría al Estado sólo en cuanto se trata de ciertos servicios públicos. Pues no es el Estado, por ejemplo, quien ha asegurado la extracción de la arena, la piedra, la cal, la fabricación del yeso o del cemento, de los ladrillos, de las tejas, el volteo de los árboles y el transporte de madera, la preparación de la carpintería de hierro, del vidrio y de los caños de plomo, de los cerrajes, de los entablados, de las puertas, de las ventanas para construir las casas para vivienda.

En una sociedad bien organizada, todo eso debe ser hecho metódicamente, por medio de federaciones paralelas, reunidas verticalmente en la cúspide y que constituyan un vasto organismo de conjunto en el que todas las funciones económicas serían solidarias y mantendrían, permanentemente, la cohesión necesaria.